

CINCO DE MAYO

Tres eran, mas la Inglaterra

Volvió á lanzarse á las olas,

Y las naves españolas

Tomaron rumbo á su tierra,

Solo Francia gritó: "Guerra!"

Sofando oh patria en vencerte,

Y de la infamia la suerte

Sirviéndose en su provecho;

Se alzó erigiendo en derecho

El derecho del mas fuerte.

II.

Sin ver que en lid tan sangrienta,

Tu brazo era el mas pequeño,

La lid encarnó en su empeño

La redencion de tu afrenta.

Brotó en luz amarillenta

La llama de sus cañones,

Y el mundo vió á tus legiones,

Entrar al combate rudo,

Llevando por solo escudo

Su escudo de corazones.

III.

Y entonces fué cuando al grito

Lanzado por tu denuedo,

Tembló la Francia de miedo

Comprendiendo su delito.

Cuando á tu aliento infinito

Se oyó la palabra sea,

Y cuando al ver la pelea

Terrible y desesperada

Se alzó en tu mano la espada

Y en tu conciencia la idea

Desde que ardió en el oriente

La luz de ese sol eterno

Cuyo rayo puro y tierno

Viene á besarte en la frente,

Tu bandera independiente

Flotaba ya en las montañas,

Mientras las huestes extrañas

Alzaban la suya airosa,

Que se agitaba orgullosa
Del brillo de sus hazañas.

Y llegó la hora, y el cielo
Nublado y oscurecido
Desapareció escondido
Como en los pliegues de un velo,
La muerte tendió su vuelo
Sobre la espantada tierra,
Y entre el francés que se aterra
Y el mexicano iracundo,
Se alzó estremeciendo al mundo
Tu inmenso grito de guerra.

Y allí el francés, el primero
De los soldados del orbe,
El que en sus glorias absorbe
Todas las del mundo entero,
Tres veces pálido y fiero
Se vió á correr obligado,
Frente al pueblo denodado,
Que para salvar tu nombre
Te dió un soldado en cada hombre
Y un héroe en cada soldado!

VIII.

Tres veces! y cuando hundida
Sintió su fama guerrera,
Contemplando su bandera
Manchada y escarnecida,
La Francia, viendo perdida
La ilusión de su victoria,
A despecho de su historia
Y á despecho de su anhelo,
Vió asomar sobre otro cielo
Y en otro mundo la gloria.

VIII.

Que entre la niebla indecisa
Que sobre el campo flotaba,
Y entre el humo que se alzaba
Bajo el paso de la brisa
Su mas hermosa sonrisa
Fué para tu alma inocente,
Su cancion mas elocuente
Para entonarla á tu huella,
Y su corona mas bella
Para ponerla en tu frente.

IX.

¡Sí, patria! desde ese día
Tú no eres ya por el mundo

Lo que en su desden profundo

La Europa se suponía.

Desde entónces, patria mia,

Has entrado á una nueva era,

La era noble y duradera

De la gloria y del progreso,

Que bajan hoy como un beso

De amor sobre tu bandera.

X.

Sobre esa insignia bendita

Que hoy viene á cubrir de flores

La gente que en sus amores

En torno suyo se agita.

La que en la dicha infinita

Con que en tu suelo la clava,

Te jura animosa y brava

Como ante el francés un día,

Morir por tí, patria mia,

Primero que verte esclava.

XV.

SONETO.

A mi querido amigo Vicente Fuentes.

¡Oh, tú que á la llegada de mi santo

Tu tarjeta y tus plácemes me envías

En prueba de las buenas simpatías

Con que has sabido distinguirme tanto!

¡Oh, tú que en vez de música y de canto,

Y en vez de bandolones y poesías,

Vienes y llegas y me das los días

Con un *Vicente Fuentes* que da encanto!

Párate, y sabe que, aunque no lo creas,

Te he agradecido en mi ánimo infinito

El que tan bueno con tu amigo seas;

Pero tambien que sepas necesito

Que ya que tantos años me deseas,

Debes darme el *remedio y el trapito*.

1873

Cuando en el alma pálida y doliente
 No queda ni la fé que es del creyente
 La última golondrina que alza el vuelo;
 Deje mi te seguir hasta ese arbol
 Todo eso que de noche
 Baja hasta el corazon como una sombra,
 Y que terrible y sin piedad ninguna
 Fue cuando todas despedaza,
 En que flotaba la
 Aun no era sobre el cielo de mi cuna
 Ni la pálida nube que importuna
 Se levanta enseñando la amenaza!

Dichoso con la dulce indiferencia
 Del que al amor de su callado asilo
 Ha vivido á la luz de la inocencia,
 Acostumbrado á ver en la existencia,
 La imágen de un azul siempre tranquilo,
 Yo entonces ignoraba
 Que, mas allá de aquel humilde techo
 Que sus caricias y su amor me daba,
 Clamando al cielo y suspirando en vano
 Desde el rincon sin luz de la vigilia,
 Hubiera en otro hogar una familia
 De la que yo tambien era un hermano
 Mi amor no sospechaba que existiera
 Mas ilusion ni cariñoso exceso,
 Que la mirada dulce y hechicera
 De la santa mujer que la primera
 Nos anuncia á la vida con un beso.

ODA

Leída en la sesion que el Liceo Hidalgo
 celebró en honor de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

De los tres cielos que recorre el hombre
 De la existencia en la medida impia,
 Cuando la gloria me enseñó tu nombre
 Yo estaba en el primero todavía.

La pena que del pecho
 Hasta el abismo lóbrego descende,
 Y del cadáver de un amor deshecho
 Finje flotando en derredor del lecho
 La aparicion bellissima de un duende;
 La sombra á cuyo peso aborrecido
 Muere el placer y el alma se acobarda,
 Tratando de evocar en el olvido
 El recuerdo dulcísimo y querido
 De los besos del ángel de la guarda;
 Todo eso que en la frente
 Deja un sello de luto y desconsuelo,

Y hasta que al dulce y mágico sonido
 Del arpa que temblaba entre tus manos
 Dejé mi rama, abandoné mi nido
 Y te seguí hasta ese árbol bendecido
 Donde todos los nidos son hermanos
 Fué cuando despertando de la calma
 En que flotaba la existencia mía
 Sentí asomar en lo íntimo de mi alma
 Algo como la luz de un nuevo día

* Tú voz fué la primera
 Que me habló en la dulzura de ese idioma
 Que canta como canta la paloma
 Y gime como gime la palmera
 Las cuerdas de tu lira,
 Como la voz de la primera alondra
 Que llama á las demas y las despierta,
 Fueron las que al arrullo de tu acento
 Sonaron sobre mi alma estremecida,
 Como si siendo un pájaro la vida
 Quisieran despertarlo al sentimiento
 Tu nombre va ligado en mi cariño
 Con los recuerdos santos y amorosos
 De mis tiempos de niño,
 Con los placeres dulces y sabrosos
 De esa época sonriente

En la que es cada instante una promesa,
 Y en la que el ángel de la fé aun no besa
 Las primeras arrugas de la frente;
 Tu nombre es la memoria
 Del pueblo y del hogar adonde un día
 Fué á estremecerme el eco de tu gloria
 Y el trino arrullador de tu poesía,
 La evocacion de todo lo más santo
 En medio de mis noches desmayadas,
 Que aun tiemblan á las dulces campanadas
 De aquellas horas en que amaba tanto

Y así cuando yo supe
 Que abandonada á tu dolor morías
 Y que en tu muda y lánguida tristeza
 Renunciabas á ver junto á tu lecho,
 Quién, al rodar sin vida tu cabeza,
 Recojiera el laurel de tu grandeza
 Y el último sollozo de tu pecho;
 Cuando yo supe que en la huesa insana
 Te inclinabas por fin pálida y sola,
 Sin que al adios de tu alma soberana
 Se enlutara la cítara cubana
 Ni gimiera la cítara española;
 Al darte mis adiós, los radioses
 De la eterna y postrera despedida,
 Sentí que algo de triste sollozaba
 De mi dolor en el oscuro abismo

Y que tu sombra que flotaba arriba,
Al extinguirse y al borrarse se iba
Llevándose un pedazo de mí mismo.

Y entónces al poder de los recuerdos
Borrando la distancia,
Tendí mis alas hácia el nido blando
De los primeros sueños de la infancia;
Llegué al rincón modesto
Donde tus dulces páginas leía
A la fé y al amor siempre dispuesto,
Y allí de pié frente á la blanca cuna
Donde en sus flores me envolvió el destino,
Busqué en su fondo alguna
Que aun no cerrara su oloroso broche,
Y en él hallé dormida
Esta con la que el alma agradecida
Viene á aromar las sombras de esta noche.

Deuda que en mi cariño
Contraje desde niño con tu nombre.
Esta flor es el cántico del niño
Mezclado con las lágrimas del hombre;
Esta flor es el fruto de aquel gérmen
Que derramaste en mi niñez dichosa,
Y que al rodar sobre la humilde fosa
Donde tus restos duermen,

Entre sus piedras ásperas se arraiga
Recojiendo su jugo en tus cenizas,
Y esperando en su cáliz á que caiga
La gota de los cielos que le traiga
La esencia y el amor de tus sonrisas.

A LA LUNA

Al Sr. D. Manuel J. Dominguez.

¡Oh luna, blanca luna,
 Que desde el cielo viertes tus fulgores
 A despecho de todos los vapores
 Con que la negra noche te importuna;
 Yo sé que al permitirme la confianza
 De que á abusar cantándote me atrevo,
 Antes que hablarte de otra cosa debo
 Darte una explicacion de mi tardanza;
 Pero sabiendo, porque así lo he visto,
 No recuerdo en qué parte,
 Que tú eres noble y generosa y buena
 Con todos los prosélitos del arte,
 Entre los que me inscribo al protestarte
 Que nada hay que sin tí valga la pena,
 Dejo los cumplimientos
 Y las excusas fútiles y vanas
 A fin de aprovechar estos momentos;

Que tú al ver que en mis labios
 Se agita el estro y mi silencio trunca,
 Recordarás que el vulgo y aun los sabios
 Dicen que *vale mas tarde que nunca*.

No, y mira tú: desde hace mucho tiempo

Pensaba yo en venir á saludarte,

Y hasta recuerdo que salí una noche

Sin mas objeto que ese;

Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento

Me hizo creer que en el cielo te hallaria,

Tú, que probablemente estabas mala,

Te ocultaste y me diste una antesala

Que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo

Por ianzarte una pulla ni un reproche

Pero este negro bosque me es testigo

De que no mas que por hablar contigo

Me anduve por aquí toda la noche.

Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo

Si fué en Abril ó en Mayo . . . suspirando

Por verte frente á frente

Y á tu lado pasar la noche entera,

De modo y de manera

De estar solos y léjos de la gente,

Vengo, y tú, que sin duda me creiste

Algun gemidor de esos

Que porque está desesperado y triste

Ya quiere que le des un par de besos,
 No bien tras de estos álamos me viste,
 Que escondiéndote en medio de las nubes
 Cerraste tu balcon y te metiste.

Y la verdad que si esa fué tu idea
 Ante mi aparición inoportuna,
 Por mi vida te juro y te respondo
 Que te llevaste el chasco mas redondo
 Que te has llevado desde que eres luna;
 Pues aunque ya á mis años
 Se usa entre los humanos corazones
 Contar los sufrimientos á montones,
 Y á montones tambien los desengaños,
 Yo que si algo he sufrido
 De mi existencia en la carrera corta,
 Tengo la conviccion íntima y grande
 De que á nadie le importa,
 Porque si sufro no hay quien me lo mande;
 Si al pisar de la vida los abrojos
 A verter una lágrima me atrevo,
 La dejo que se escape de mis ojos
 Y al llegar á mis lábios me la bebo.

Conque ya verás tú si yo sería
 Quien fuera á molestarte á tales horas,
 Para llamarte solitaria ó fria,
 Y cométer así una grosería

De esas que no perdonan las señoras,
 Aparte de que á tí, si no me engaño,
 Te debe de importar muy poca cosa
 Que en la vida enojosa
 Gamine el goce junto con el daño,
 Así como que al tiempo de las flóres
 Siga el invierno nebuloso y frio,
 O que en las tibias noches del estío
 Disminuyan de fuerza los calores,
 Cosa que á muchos saca de su casa
 Por tener de decírtelo el orgullo,
 Cuando todo eso en realidad no pasa
 De ser una verdad de *Pero Grullo*.

Y sin mentar personas,
 Por *allí* anda la ilustre Avellaneda,
 Que en paz duerma en su lecho de coronas,
 Que sin mirar que tú, rueda que rueda,
 Maldito el caso que del tiempo hacías,
 Ella al són de sus mágicos bordonés
 Te delataba á ese ladrón nefando
 Que tantos goces con pasar nos robaba,
 Sin oír que su esposo despertando
 La llamaba en un tono no muy blando
 Despues de registrar toda la alcoba

Y el sin igual Zorrilla,
 El que nos regaló aquel malmarracho

Que yo admiraba tanto de muchacho
 Creyéndolo la octava maravilla,
 El que con una calma
 Cuyo molde es difícil que se encuentre,
 Hizo aquí entre otros dramas el del vientre,
 Y hasta allá fué á acordarse del del alma.

Y Carpio, el que tu turco disfrazado
 Sufrió tan honda pena

Que por poco se arroja al mar salado,
 Pero que al fin se fué por otro lado
Arrastrando el alfanje por la arena.

Y Tagle, el que te hablaba allá en los tiempos
 De discordias civiles,

En que Rocha aun no andaba por el mundo,

Y en que aun eran de chispa los fusiles,
 Pues estos y otros mas, si no tan buenos

Sí tan desocupados,
 Han emprendido de entusiasmo llenos

La imitación de sus antepasados,
 Por el placer de repetirte alguna

De esas necias é insulsas tonterías,
 O porque hechos los tomos de poesías

No faltara en el índice—“A la luna”

Y si á lo ménos fueran pasaderas
 Las tantas que en tu elogio se han escrito

Y cuyas firmas por prudencia callo,

Pues señor, con trescientos dé á caballo

Muy puesto en su lugar y muy bonito;

Pero, nada... que entre esas que no cito

Porque no se me diga impertinente

Hay muchas (no agraviando la presente)

Que son un verdadero gregorito,

Lo digo y lo repito,

Sí señor, que esta no es una indirecta,

Pues aunque salte alguno

Que deseando escapar á este reproche,

Reclame la palabra y manifieste.

Cargado de razones y veneno,

Que no se puede hacer nada de bueno

Sobre un terreno tan vulgar como este,

No habiendo obligacion chica ni grande

De escribir sobre tal ó cual materia,

Se comprende y se vé muy á las claras

Aunque hable de esta con tan poco aprecio,

Que al culpable no es ella sino el necio

Que se mete en camisa de once varas.

¿Quién obliga á ninguna

De las vivientes almas á que escriba,

Ni menos á que suba tan arriba

Que tenga que escribir sobre la luna ?

Yo mismo, si mañana

A algun crítico ocioso y exijente